

*Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bonae voluntatis!* así también en la noche placida y sosegada en que nació Francisco, se escucharon cánticos sobrehumanos y misteriosas voces en torno de la ruinoso ermita de Nuestra Señora de los Angeles en el Valle de Asis, donde algunos años más tarde recibió de Jesucristo mismo la concesion de la indulgencia que del nombre de aquel lugar, se ha llamado de *Porciúncula*. Y más todavía, señores; una tradicion uniforme y constante afirma, (y la devocion señaló el lugar, erigiendo allí una capilla) que sintiendo los dolores del parto la madre de S. Francisco, fué llevada por desconocido peregrino, de misterioso prestigio, á un establo próximo, donde como en el pesebre de Belen, comían paja un asnillo y un buey. Esos tres rasgos, como independientes de la voluntad de S. Francisco, son reveladores de un designio superior; que le señalaba con bastante perceptible claridad, que Cristo quería tener en él un imitador, un discípulo fiel, un reflejo viviente, voluntario y consciente que, como la luna sobre la tierra los rayos del rey del firmamento, arrojara sobre las edades nuevas el esplendor del divino sol, centro de las almas y fuente de la eterna luz. *Similem Filio Hominis.*

A tan alto como misterioso designio correspondió á Francisco, entregándose á Dios sin reservas,

renunciando á todo lo que no era Dios, hollando todas las grandezas del mundo, y buscando en Cristo y en el amor de Cristo la única gloria. Renunciando á toda riqueza, desposándose con la pobreza; á todo placer de los sentidos, entregándose por completo á la mortificacion; á toda vanagloria y mundana soberbia, anonadándose en la humildad; á todo mundano afecto, encendiéndose en el amor á Dios, y haciendo de este amor el móvil único de todas sus acciones, la fuente de sus aspiraciones, el fuego y calor vital de todo su sér. Desasíóse de todo lo mundano, corporal y material, para poner su alma con todas sus potencias y su cuerpo con todos sus sentidos bajo el imperio de la ley del amor sobrenatural y estático á la Belleza absoluta é increada. En él recobró hasta donde es dado á nuestra naturaleza caída el espíritu su imperio sobre el cuerpo, y fué toda su vida, desde el día de su consagracion hasta el de su glorioso tránsito un holocausto perenne á ese Dios infinitamente amable, que amó tanto al mundo, que le dió á su mismo Hijo Unigénito. Por eso, señores, recobró sobre la naturaleza algo de aquel poder que tuvo Adán sobre ella en los breves, cuanto incomparablemente bellos días de la original inocencia. Por eso; como nos lo refieren las poéticas leyendas franciscanas, las rocas se ablandaban al contacto de sus dedos, los pájaros venían á

posarse sobre las palmas de sus manos, los peces acudían á su llamamiento, las liebres se refugian entre los pliegues de su túnica, los ruiseñores alternaban con él en armoniosos cánticos; las aves se agrupaban en derredor para escucharle; las yeguas florecían en su presencia. Le obedecían las tórtolas y los lobos; las cigarras se sometían á sus mandatos; las golondrinas acallaban sus gorjeos, como para escucharle; y ¡que más, señores! hasta en la noche misma de su muerte, millares de alondras entonaron armonioso concierto en derredor de la estancia mortuoria, como gozándose de la entrada de Francisco en las regiones del amor eterno porque suspiraba sin cesar.

Tal le hizo, en efecto, el amor á Jesucristo, pero no quedó, ni podía quedarse todo ahí. El amor, señores, es fecundo, no estéril; es activo no inerte. Es luz, es calor, es fuego. Es una fuerza secreta, misteriosa, potentísima y avasalladora que no se emplea ni se repliega sobre sí misma, que no se concentra en sí; sino que surge y se dilata, sin salir de sí, sobre los demás; es una fuerza que engendra, que da vida á nuevos seres, que crea, en fin. *Amor, sublime amor, alma del mundo!* ha exclamado un vate en un momento de verdadera inspiración. Y es verdad, señores, es verdad. El amor entra, según las enseñanzas dogmáticas y teológicas, en la constitución de la trina

personalidad de Dios. Término de Amor es el Espíritu Santo. El amor infinito de Dios á sus criaturas concebidas *ab aeterno* en el entendimiento divino les dió ser en el tiempo y haciéndolas salir de la nada, las mantiene suspendidas sobre sus abismos. Y no sólo, señores; sino que despues de que el amor hizo á Dios que diera ser á las criaturas y al hombre, que es su rey, cuando este rey abdicó su trono, y bajó del solio de su primacía y de la altura de su majestad inenarrable y se hizo siervo del pecado y arastró su ser sobre el fango y cubrió su frente con el polvo, entónces, señores, para alcanzar la regeneración del rey caído y la restauración de su realeza, "el amor entróse por esos cielos y cogiendo á Dios, no flaco, sino fuerte, no en el trono de la Cruz, sino en el de su majestad y su gloria, luchó con él hasta bajarle de los cielos y hasta quitarle la vida." (11) *Gracias, señor y Dios de nuestros padres, gracias por tan ilimitado amor! Obra de amor fué la creación; misterio de amor la redención. Cuando una chispa de ese amor verdadero se anida en los mortales pechos, entónces aparecen esos hijos tiernos, esos hermanos abnegados, esas esposas apacibles, esos padres generosos, esas madres mo-*

(11) Palabras del célebre P. Fonseca en su admirable libro del *Amor de Dios* elogiado con alto elogio por el príncipe de los ingenios castellanos.

delos que forman para los que tales bienes tienen, las delicias de un hogar bendito. Mas cuando no es sola una chispa la que enciende el corazon del mortal, sino una flama abrasadora la que le consume, entónces surgen los heroes, aparecen los mártires, recorren el mundo los apóstoles, iluminan el orbe los santos.

Tal sucedió, señores, con el humilde Francisco. Desasido de todos los bienes terrenos, libre su alma de todo amor de la baja tierra, abrazado, como Jesucristo, con la pobreza, la humildad y la mansedumbre, no una chispa, sino muchas brasas de amor llenaron su corazon. El verdadero amor tomó posesion de él, le cercó con sus llamas purificadoras, le enrojeció y compenetró, como el fuego al hierro en encendida fragua, le infundió la fuerza y el vigor, engendrades de las grandes obras, le obligó, en fin, á salir de sí mismo y á fundar la Orden del amor y la pobreza, cuyos miembros todos cuidarán de reflejar en sí la faz de Jesucristo.

Tipo del hombre regenerado y vuelto á Dios por la gracia, al emanciparse del yugo de las pasiones y de la poseidez oprobiosa de la carne, el amor de Dios y de todos los seres en Dios, por tal manera llenó su espíritu, que le elevó purificado y libre de toda humana escoria, sobre todas las miserias de los afectos transitorios y perecederos de la vida

humana. La vida y doctrina de San Francisco fueron vida y doctrina de amor; y quizá jamás se vió sobre la tierra desde los dias de Jesucristo ser en quien el amor diera más melifluas y suaves y embelesadoras muestras de sí, como en este glorioso penitente. Por amor abandona la casa de sus padres y arrostra hasta las maldiciones del autor de sus dias, por amor se consagra á servir á los gafos, sobreponiéndose al asco y al horror que inspira la nauseabunda lepra. Por amor se descalza, se desnuda de todo arreo que pudiera ser resto de su vida en el mundo, y viste la túnica color de ceniza, y se ciñe el talle con áspera y nudosa cuerda. Por amor dá ósculo de paz sobre los labios de los gafos y cura sus asquerosas llagas, dándoles así sanidad en un instante por la fuerza purificadora de la verdadera caridad. Por amor funda su sagrada Orden para hacer que vuelvan á brillar sobre la tierra imitadores del Redentor, y que el mundo contemple pobrecillos de Cristo que no tengan otra riqueza que la gracia recibida de Dios.

De la misma manera, señores, que el amor informa toda la doctrina de Cristo, el amor tambien, aprendido en tan sublime origen, informa la doctrina y la vida de San Francisco; y así como nunca vieron los siglos víctima de amor á Cristo igual, ni escucharon doctrina de amor á la de Cristo semejante, con ser tan alta la doctrina pla-

tónica; así, señores, después de Cristo jamás resplandeció copia más perfecta de él, ni se oyó eco más fiel de su doctrina, que la copia que en sí ofreció Francisco y el eco que nos dieron sus seráficas enseñanzas.

Cuando en medio de las pompas y grandezas con que se nos presenta en la historia el siglo décimotercio, se ve destacarse la figura de Francisco, y se examina su edificante y prodigiosa historia, pasma, señores, y deja atónita al alma ver cómo aquel joven á quien sonreía el mundo y para quien abrían sus puertas todas las mundanales grandezas, se deshace de cuanto en el mundo pudiera retenerlo, rompe los lazos que con él le vinculan y se vuelve pobre de Jesucristo, para asemejarsele. *Similem Filio Hominis.*

Como Cristo, escogió doce para sus primeros discípulos, y al llamarlos á sí, les mandaba como Cristo, que se despojaran de cuanto tenían y lo dieran todo á los pobres. Y una vez que tuvo en derredor de sí doce discípulos, enderezó sus pasos á Roma, ciudad de los Pontífices y centro inamovible de la católica unidad.

Más ¿á qué iba Francisco á Roma? ¿á qué, señores! ¡Ah! El Pontificado, como la Iglesia, es obra de amor. Si el encargo que la Iglesia ha recibido de Dios; si la mayor obra que le está encomendada sobre la tierra, valle de lágrimas y camino de

amargura, es persuadir al hombre de que Dios le ama; de que le ha amado hasta hacerse hombre, para suprimir esas distancias que, de cualquier naturaleza que sean, son insuperables al amor; de que le ha amado tanto hasta sufrir, hasta morir por él (12), si todo esto es así, muy natural era, señores, y muy lógico que Francisco, apóstol del amor, al comenzar la ingente obra que la Providencia le señalara como la tarea de su vida, fuera á postrarse con sus discípulos á los pies del Nica-

(12) Palabras del ilustre abate Basgand en la introducción de su *Historia de la Bienaventurada Margarita Maria de Alacoque y de los orígenes de la devoción al Sagrado Corazón de Jesus*. Hé aquí el pasaje textual: "Esta obra (de la Iglesia) como todos lo sabemos, no es la de permanecer en pie en medio de esa inestabilidad de las cosas humanas que un día ú otro lo sepulta todo en el polvo, las dinastías, los imperios, los pueblos mismos: no es tampoco imponer á la orgullosa razón del hombre un conjunto de dogmas, cuyos títulos tiene sin duda el derecho de estudiar, pero que no pueden regenerarle, sino humillándole: esta obra más elevada que las otras dos, obra á la vez, tan luminosa y tan oscura, es persuadir al hombre de que Dios le ama. Si, un día en las profundidades de su eternidad, Dios ha visto al hombre y á semejanza de un rey, de un genio poderoso, rendido por los encantos de su hijo pequenuelo que balbutea; así Dios se ha rendido al amor del hombre; le ha amado hasta la pasión. Le ha amado hasta hacerse hombre, para suprimir esas distancias, que de cualquier naturaleza que sean, son siempre insuperables al amor. Le ha amado hasta sufrir; hasta morir por él. Sí; aquel que está pendiente de aquel cadalso, con los pies y las manos clavados, ese es Dios!"

rio de Jesucristo y sucesor de Pedro, La Orden seráfica y apostólica que Francisco pretendía fundar, tenía de muy directa manera á la realización sublime de la Iglesia, de la obra de hacer comprender al hombre cuánto le ama Dios; y por lo mismo, tan heroica empresa necesitaba buscar arrimo sobre el inmóvil tronco y bajo las frondosas ramas de ese árbol, á cuya sombra, según la expresión del protestante Muller, *se ha conservado íntegra la verdad.*

Y los encontró, señores, Inocencio III aprobó la regla; y aquí, señores, digno de notarse es, que Francisco fué el primero entre todos los fundadores de Ordenes religiosas, que ántes de fundar la suya y constituir una Comunidad, recabó la aprobación de la Silla Apostólica. Después de él todos lo han hecho: de modo que bien puede decirse, que su ejemplo vino á afirmar más y más para todos los siglos el espíritu de sumisión y amor al Vicario de Cristo.

Aprobada la regla, el amor que abrazaba su corazón le dió sobre los demás misterioso prestigio. Conociendo que Dios no solamente le quería para sí, sino para que obrara la salud de muchos, para que guiara al cielo hombres de aquella y de las futuras generaciones; la actividad que desplegó, predicando el amor de Cristo, reclutando todos los días nuevos soldados para el ejército que ha-

bía empezado á formar, fundando además de la Orden de varones, la de mujeres y la de los Terceros, produjo los más ilustres frutos de santidad y penitencia. En derredor de él, como en derredor de Cristo, formóse una constelación de santos y de santas; y á la par que su vida activa se dilataba, como un río caudaloso y fecundante, su vida contemplativa y mística se dilataba y engrandecía y llenaba de resplandores, como una de esas transparentes nubes vespertinas que llena de dorados rayos el sol poniente, y parecen islas de oro espléndido en un mar de viva y deslumbrante claridad. En su actividad, funda conventos, pretende ir á Siria, visita á España, va á Roma y obtiene la pública confirmación de su Orden en el cuarto Concilio Lateranense; envía, como Cristo, á sus discípulos por todas las naciones, celebra capítulos como el celeberrimo de las Estoras, se dirige á Oriente con la sexta Cruzada, y es allí profeta y testigo del fracaso de las armas cristianas, pasa al campo mahometano, predica la fé en los dominios de la Media Luna, conquistando la admiración de cuantos le conocen y vuelve por fin á Europa y visita sus conventos para afirmar en ellos la exacta observancia de la regla; más en toda esa vida de acción, el amor desinteresado, encendido y puro es su móvil, la pobreza su santa compañera, la suave ternura y la humilde mansue-

dumbre sus armas; y por donde quiera que pasa, semejante á Cristo, *pasa haciendo bien*, dejando un suave, pero penetrante perfume de amor y beatitud que admira y arrebató á las almas. Doquiera es la encarnación viva y animada de los consejos evangélicos, un reflejo personificado del Verbo hecho hombre, una copia del Cristo, amante y humilde, cual no vieran los siglos otro igual. *Similem Filio Hominis*. Era tal su espíritu de contemplación, que merecía las más altas gracias divinas: Cristo, en figura de niño, conversaba con él y le acariciaba como hacen los pequeñuelos con los que los toman en sus brazos. Dulces visiones le hacían los días más bellos, y más apacibles las noches. Sobrenaturales coloquios robustecían y levantaban su alma. Su vida era un éxtasis, un arrobamiento de amor.

Llegó por fin un día en que por medio sobrenatural fué anunciado la proximidad de su muerte; y se retiró al misterioso monte. Albernia, donde Cristo que había grabado tantos rasgos de su divina faz en su siervo Francisco quiso poner en él el sello más precioso é indubitable de tan gloriosa sublime y milagrosa semejanza. Morando Francisco en la soledad de aquel monte, vecino del cielo y el más alto de los Apeninos, árido y desnudo ántes de ser morada del asombroso penitente y de sus santos discípulos, y despues fértil

y vestido de verdor, recibió nueva y más desbordada y superabundante gracia, y se hizo más conforme con el eterno tipo de los predestinados, con el Unigénito de Dios, y (refrámoslo con palabras del Dr. Seráfico) "mientras por el seráfico ardor de sus ansias se elevaba á Dios, y por compasiva ternura se transformaba en el que por caridad quiso ser crucificado, hé aquí que una mañana, hácia la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, orando en un lado del monte, vió la especie y forma de un serafín con seis alas tan resplandecientes como fogosas, que con gran celeridad descendía volando hasta el hombre de Dios, y quedándose suspenso en el aire, apareció á un tiempo alado y crucificado con los brazos y piés estendidos y fijos en la Cruz, y las alas en disposición maravillosa, porque con las dos superiores ceñía la cabeza sin esconder la hermosura de su rostro, y las dos inferiores cubrían y ocultaban como un velo todo el cuerpo; y con las dos de enmedio volaba. Pasmóse de admiración Francisco y batalló entre el dolor y el gozo: éste causado de la belleza de la aparición que le favorecía; aquel del cruento espectáculo del suplicio que le traspasaba el alma. Mas por inspiración del mismo que se le aparecía, comprendió que si bien el padecimiento no concordaba con la impassibilidad de la seráfica naturaleza, la vision se le ofrecía en aquel

aspecto, porque entendiése que no con martirios de la sangre, sino con incendios del espíritu debía transformarse en imagen y semejanza de Cristo crucificado. Desapareció la vision después de familiares y misteriosos coloquios, y hallóse Francisco inflamado interiormente con ardor seráfico, y exteriormente marcada su carne con la perfecta imagen del Crucifijo; no de otra suerte que la cera blanda á los halagos del fuego fácilmente se impresiona y recibe la imagen del sello que se le aplica. Instantáneamente empezaron á descubrirse en manos y piés los clavos, cuyas cabezas en las manos sobresalian de las palmas y por la parte contraria sus retorcidas puntas: por el opuesto en los piés sobresalian las cabezas á los empeines y las puntas retorcidas en las plantas: y en el lado derecho se descubría una cisura ancha y profunda, como si se hubiera formado con el hierro de una lanza, con los labios rubicundos de la sangre, que vertía tanta, que á veces teñía la túnica y paños menores.”

Tal es, señores, el sensillo relato que de la estigmatizacion de San Francisco nos dejó San Buenaventura; y si nos detenemos un momento para poner los ojos de la consideracion sobre tan milagroso favor del cielo, pasmados quedaremos ante tal misterio de amor. Al considerarlo; parece que vemos arder el monte Albornia en esplendente

llama, como se lee en las *Florencillas*, y al alado serafin hiriendo con luz y fuego de la gloria el cuerpo de Francisco, arrebatado en éxtasis, para recibir en tal estado de sobrenatural arrobamiento la impresion de las divinas llagas, que vino á ser como el último timbre de su semejanza con Cristo, y la más segura y letificadora prenda de que era acepto á los divinos ojos su espíritu de imitacion del Cristo por el amor, por la humildad, por la mortificacion, por la pobreza. ¡Oh mística grandeza de nuestro seráfico Padre! ¡Oh estigmatizacion gloriosa! Yo no sé que sentiréis, señores, en el alma, al pensar en la singular gracia y gloria concedida al humilde Francisco; pero de mi sé decir, que cuantas veces pienso en la estigmatizacion, no puedo ménos de decir las palabras apocalípticas: “Hé aquí que he visto una nube cándida y sobre la nube á uno que estaba sentado semejante al Hijo del Hombre. *El vidi et ecce nubem cándidam et super nubem sedentem similem Filio Hominis.*”

Después de la estigmatizacion, aún permaneció Francisco en el Monte Albornia, recibiendo favores del cielo: pero llegando su última hora, descendió de él, y después de recorrer algunas ciudades predicando y edificando á los fieles, retiróse á la cuna de su Orden y al lugar de su vocacion: á Santa María de los Angeles, donde exhaló su úl-

timo asiento; y su alma, bajo la forma de espléndida estrella, se levantó hasta el cielo para ir á ocupar entre los ángeles el lugar que había quedado vacío por la prevaricación de Lucifer. Una estrellaalzada de la tierra iba á reemplazar al caído lucero del angélico firmamento. Un serafín humano llenaba el lugar del ángel rebelde; y si éste, al caer, había arrastrado y hecho caer en pos de sí á la tercera parte de las estrellas del cielo, según nos refiere Isaías, el serafín de Asis ha llevado por su parte á formar cortejo al Altísimo innumeradas almas, asidas al cordón que ciñe su descolorida túnica.

¡Ah! sí, señores; entre los tronos de nubes que llenan la Jerusalem celeste, había una nube cándida, que allí quedaba como el asiento que vacío dejó el que quiso ser émulo del Altísimo y semejante á Él por el poder, por la gloria, por la grandeza; el que se negó á servirle, *non serviam*, porque en su soberbia pretendía rivalizar con Él y asemejarsele. *Similis ero Altissimo*. Más sobre ese trono vacío, sobre esa cándida nube, está sentado hoy uno semejante al Hijo del Hombre, el pobrecillo de Asis, el fatuelo de Jesucristo; el que quiso ser semejante á Él por el amor, por el dolor, por la mortificación, por la pobreza, por la humildad. Sí; allí está sentado, señores, y en su faz se refleja la faz de Cristo con maravillosa seme-

janza. ¡Feliz él, señores, de tanta gloria y de tanto honor coronado! *Gloria et honore coronasti eum*, exaltado por humilde, y bienaventurado por manso y humilde de corazón.

Admirémosle, señores, é imitémosle. Cuidemos de procurar para nosotros, por la práctica del amor á Jesucristo, un reflejo de su faz divina, una chispa del amor de su corazón; de ese horno, de esa fragua de divino fuego; y sea Francisco nuestro maestro y nuestra guía.

Sí, Padre Nuestro, Padre amoroso y bendito, que al mundo diste en tu regla segura vía para marchar dentro del Evangelio y llegar hasta el Cristo que es el camino, la verdad y la vida. Enseñanos tú; guíanos tú; adiéstranos tú. Nosotros te bendecimos y veneramos; te amamos y reverenciamos, porque vemos en tí á un imitador de Jesucristo, lleno de las prerrogativas y los carismas del Divino Amor; porque vemos en tí á nuestro Padre por el espíritu, por la doctrina, por la regla. Queremos derramar á tus piés ilanto de amor, y hacernos como tú, pobrecillos de Cristo, fatuelos de su amor, insensatuelos de su pobreza. Queremos ser humildes y sencillos como aquella ovejuela de Dios que te hacía compañía entre las abruptas rocas del Albernia; tener vida angélica como aquel Monaldo que te vió por los aires, formando una Cruz mientras que predicaba á las mu-



chedumbres el asombroso Taumaturgo de Padua: el humilde Fray Antonio; hacer vida de penitencia y continua oracion como aquel Fray Pacifico, que fué aclamado en el siglo *rey de los versos*, y alcanzó por su espíritu de contemplacion llegar á ver, vivo tú todavía, el asiento que te reservaba el buen Dios en el cielo; queremos, en suma, no mostrarnos indignos de ser tus discípulos, sino imitándote, imitar á Jesucristo, y alcanzar de su bondad infinita y de su misericordia inagotable que nos tenga por suyos, porque halle en nosotros al ménos un rayo de la luz de su faz adorable, de que tú fuiste reflejo tan vivo y cabal que mereciste ser tenido como semejante al Hijo del Hombre, *Similem Filio Hominis*.

Más para alcanzarlo, guíanos tú, protégenos tú, ampara nos tú; y asidos al cordon de tu hábito, podremos ascender á la montaña santa, para morar en ella por toda la Eternidad.

A. M. D. G.



00